

EL AMIGO DEL PUEBLO

PORTAVOZ DE LOS AMIGOS DE DURRUTI

Año I

Núm. 6

20 céntimos

Redacción y Administración: Rambla de las Flores, 1

Teléfono 18721

Barcelona, jueves, 12 de Agosto de 1937

EDITORIAL

Necesidad de una Junta revolucionaria

En el artículo editorial del número anterior, sentábamos la necesidad de que es absolutamente indispensable poseer una teoría revolucionaria para poder ejercer la debida influencia en la calle. Y afirmábamos que la C.N.T. y la F.A.I. no supieron recoger el espíritu revolucionario de las jornadas de julio y de mayo, por estar huérfanas de esta precisión teórica que nuestra Agrupación propugna.

Uno de los aspectos que consideramos más trascendentales, de esta concepción que ha de informar el después inmediato de las jornadas callejeras, es el que hace referencia a la defensa de la revolución.

Los militantes de la C.N.T. y de la F.A.I., que nos agrupamos en «Los Amigos de Durruti», creemos que forzosamente se ha de velar por la pureza de las esencias revolucionarias, durante los días álgidos del frenesí insurreccional, y estamos completamente convencidos que, durante un periodo más o menos largo, se ha de ejercer una tutela que ha de estar encaminada a encauzar el ritmo de la revolución por el sendero que se manifiesta, siempre, en los primeros instantes.

Las revoluciones dan calor, en todas las grandes conmociones sociales, a nuevos organismos que están revestidos de funciones específicas. En el curso del año vivido hallamos pruebas fehacientes de estos órganos que, nacidos de las entrañas de la nueva gestación, tienen un marcadísimo sabor de innovación. Pero los errores cometidos fueron tales, que estos organismos que podían haber situado la «Nueva España» en un plan de renovación, al cabo de doce meses de una lucha cruenta, permanece en pie el armazón burocrático que es la expresión fiel de la etapa anterior al 19 de julio.

La costosa experiencia vivida nos inclina a manifestarnos por la indiscutible necesidad de orientar al pueblo en los instantes insurreccionales, y en los momentos inmediatos que siguen al choque violento. Aceptando esta tesis se ha de concretar acerca de la manera de estructurar este organismo rector y defensor de la revolución.

Las formas estatales, con su complicado engranaje, han fracasado completamente. La máquina estatal asfixia y acaba por crear nuevas promociones de privilegiados y de defensores de unas mejoras que atañen exclusivamente a un número reducido de individuos. Se necesita para el buen funcionamiento de la sociedad naciente una fórmula más ágil y diétil, que permita cumplir honradamente las funciones sociales que son inherentes al nuevo momento que surge.

La constitución de una junta revolucionaria es una premisa ineludible. Esta junta estará constituida por una representación genuina de los trabajadores que hayan salido a la calle arma al brazo. Los hombres de las barricadas son quienes para defender la revolución y son los únicos que no venderán ni traicionarán los frutos del triunfo.

Los presos antifascistas

Ha aparecido días atrás, una nota en la Prensa patrocinada por el Inspector General de Prisiones en la que se hacen una serie de suplicas que los presos antifascistas rechazan de plano.

Se habla en la citada nota del sufrimiento que representa para los presos antifascistas la obligada convivencia con los fascistas. No es el inspector general de Prisiones el más indicado por orden de los Gobiernos, quienes pueden atestiguar la tortura moral de tener que estar en la cárcel por mero capricho de unos cuantos ecualitas y por obra y gracia del Alto al fuego que se impuso en mayo.

No puede admitirse que los antifascistas obreros revolucionarios llenen exclusivamente una cárcel. Tal medida supondría la pérdida de la vida de los antifascistas pues en caso de un bombardeo de los aviones fascistas arrasarían indolentemente la cárcel ocupada por los trabajadores. En cambio, manteniendo a los fascistas en el mismo recinto se evita que los trabajadores sean asesinados vilmente y si los aviones negros quieren aven-

turarse tendrán que masacrar también a los suyos.

Por otra parte, los camaradas encarcelados no han de traspasar el umbral de la Cárcel Modelo con el solo objeto de cambiar de cárcel. No. Los presos antifascistas deben ir a la calle sin pérdida de tiempo pero en posesión de la libertad más completa. Tenganlo en cuenta quienes patrocinan ciertas notas sentimentales que en el fondo no persiguen otra finalidad que un pasatiempo y una justificación a todas las tropelías cometidas. Las campañas periodísticas se han de hacer en pro de la libertad y

no en torno de una serie de idioteces que rayan en el exorciamiento más repugnante. Y no queremos renunciar a una sospecha que es muy fundada.

El ministro de Justicia es un católico consumado. Teme por la suerte de los presos fascistas, y quiere evitar que un día los trabajadores reclusos en la cárcel se tomen la justicia por su propia mano y acaben de una vez con los asesinos que practican los ritos eclesiásticos con la connivencia y con la complacencia de los gobernantes y de toda la red de enchufados. ¡Quieren separar a los antifascistas de los fascistas para que los tra-

En la política catalana existe un duelo Casanovas-Companys. A Casanovas se le señala como un firme puntal del gobierno de Valencia. Luis Companys forma rancho aparte en Cataluña. Los dos políticos encarnan la contrarrevolución. No olvidemos que Luis Companys pegó, en una reciente crisis, una solemne patada a la C.N.T.

En la Generalidad se vive de nuevo el periodo de crisis. Se apunta la posibilidad de un gobierno Esquerra-C.N.T. ¿Se dan cuenta los camaradas que patrocinan este trapicheo político del juego indecente que se hace a la burguesía? Debe terminarse esta colaboración con los sectores que son enemigos, cien por cien, de la clase trabajadora.

Del movimiento de julio hemos de sacar la conclusión de que a los enemigos de la revolución se les ha de aplastar sin compasión. Este ha sido uno de los errores capitales que ahora estamos pagando con creces. Esta misión de carácter defensivo correrá a cargo de la Junta revolucionaria, que ha de ser inexorable con los sectores adversos.

La duración de la tutela, que han de ejercer los trabajadores revolucionarios, dependerá del tiempo que tarde en consolidarse el nuevo orden de cosas. Pero lo que no debe ocurrir es que por sentimentalismo, por cobardía, por incapacidad, o por confusiónismo, se incurra nuevamente en los desvíos que han malogrado, por el momento, un ayer esperanzador que se ha trocado en una incógnita más.

La importancia de la constitución de la Junta revolucionaria es grandiosa. No se trata de una elucubración más. Es la resultante de serie de fracasos y de desastres. Y es la rectificación categórica de la trayectoria seguida hasta el momento actual.

En julio se creó un comité antifascista que no respondía a la envergadura de aquella hora sublime. ¿Cómo podía desarrollarse el embrión surgido de las barricadas, con un codo a codo de amigos y enemigos de la revolución? No era el comité antifascista, por su composición, el exponente de la lucha de julio.

Es preciso captar las ansias que se manifiestan en la calle y si se permite que se adulteren, en los primeros momentos, es seguro que en los instantes sucesivos continuará la degeneración manifestada en las formas primarias. No cabe duda que, si en los comienzos se mantiene una expresión rígida e incólume, la revolución alcanzará la meta por la que tantas vidas se han inmolado.

Además, existe una determinada zona de la población que, aunque pase a confundirse con el estado de cosas incipiente, lo realiza por mero instinto de conservación. Estos individuos figuran en los Sindicatos, en los lugares de trabajo. A esta zona, que ha de calificarse de divorciados de la revolución, no se les puede conceder representación en los nuevos organismos y muchísimo menos se ha de conferir cargos a los que son declaradamente enemigos.

Por estas razones que preceden, somos partidarios de que en la Junta revolucionaria solamente participen los obreros de la ciudad, del campo y los combatientes que en los instantes decisivos de la contienda se hayan manifestado como paladines de la revolución social. Si se tiene en cuenta esta relación de valores revolucionarios, no volverá a ocurrir que una gesta que fue ganada por los trabajadores pase a ser un gajé de la clase antipoda.

La agrupación «Los Amigos de Durruti» que supo hacer una crítica exacta de las jornadas de mayo, sienta, desde este momento, la necesidad de la constitución de una Junta revolucionaria, tal como nosotros la concebimos, y la creemos indispensable para defender la revolución de las arremetidas de las zonas que, sin ningún género de dudas, apuñalarán las conquistas que tarde o temprano tengan que ganarse nuevamente con las armas en la mano.

hadores no presenciamos que mientras nuestros camaradas se pudren en la cárcel, los fascistas obtienen la libertad con pesetas o sin ellas.

Los presos antifascistas de la Cárcel Modelo de Barcelona rechazan toda clase de indulto. No han cometido ningún delito. Quienes han de procurar que no los juzgamos en la plaza pública son los traidores y los camaleones que encaramados en los puestos de mando ayer y hoy, han estrangulado las ansias revolucionarias del pueblo trabajador. A los presos se les ha de conceder la libertad sin pretender que sea a condición de volver al frente. Esto es indigno.

Parece que el periódico C. N. T. también ha incurrido en este sentimentalismo y que en Madrid hay una cárcel a punto para ocuparla solamente los trabajadores. Los camaradas de C. N. T. deben preocuparse de que ningún obrero revolucionario vaya a la cárcel y en el caso de ocuparse de los detenidos lo que es más conveniente es recabar la libertad y nada más.

Nuestros camaradas reclusos en la Cárcel Modelo de Barcelona rechazan los indultos por infamantes y sólo exigen una cosa ineludible e inmediata: LA LIBERTAD.

El proletariado ha de reivindicar su personalidad de clase. Las organizaciones obreras han de velar exclusivamente por los intereses de la propia clase trabajadora. Se han de concluir los conciliábulos con los partidos pequeño-burgueses. La mesocracia, si quiere sumarse al nuevo orden de cosas que parte de julio, ha de respetar las conquistas y la esencia de las jornadas de julio.

Los caudillos

De un tiempo a esta parte se empieza a notar cierta preocupación en el seno de nuestras organizaciones por la conveniencia de fomentar el caudillaje. Quienes sienten mayor desazón por la aparición de un hombre-caudillo, son los mismos camaradas que en fechas anteriores no han sabido situarse a la altura de las circunstancias.

No sabemos hasta qué punto consideran beneficioso estos camaradas la entronización de un individuo en arbitrio único de la organización sea confederal o específica. Y es sintomático que el grupo que está enamorado de esta supuesta idea salvadora, está constituido por quienes son más responsables de los errores cometidos.

Los caudillos, que se quieren fabricar a base de diluirnos en la Prensa o de jabón en la tribuna, se esfuman como una burbuja de jabón. En esta cuestión están especializados los partidos burgueses y los que se apellidan marxistas. Escogen una figura y la hacen hasta que consiguen que el público se interese.

¿Pero es que los anarquistas hemos de incurrir en los mismos desvíos?

¿No hemos dicho un sinnúmero de veces que es el pueblo quien ha de escoger a sus hombres y si el pueblo quiere concederlos una estima superior a la que concede al resto, es él quien ha de determinarlos? Lo que no puede aceptarse es que se quieran forjar caudillos con cartabón y con tirallinas.

Un caudillo cayó a los pies de Madrid. Buenaventura Durruti consiguió la estima del alma popular porque cumplió tal como quería el pueblo que se procediese. En cambio, hay muchos aspirantes a caudillos que han empezado por huir las aspiraciones del proletariado. ¿Cómo se atreverían, pues, a erigirse en César?

Al pueblo trabajador hay que ganárselo con acciones meritorias, con actos nobles, con actitudes dignas y con una demostración palpable de que no quieren servirse de él para un simple escalamiento de las alturas burocráticas. En estas condiciones es el mismo pueblo quien concede esta estima que convierte a los hombres en seres inmortales.

No se ha de olvidar que el proletariado es mayor de edad. El patriarcalismo pertenece a la época de Confucio. En la hora actual, los trabajadores que salimos a batirnos a la calle, exigimos un perfecto control de todas las actividades que se desenvuelven en el área peninsular.

Los caudillos han pasado a la historia. Además, es una cosa pedante y ridícula, que un solo hombre pretenda absorber todas las actividades del país cuando precisamente la sociedad actual es la suma de los esfuerzos de todos, sin poder prescindir de un solo individuo. Y si en cuanto este aspecto el caudillaje no tiene razón de ser, por lo que atañe a la potencia social que exige, es un peligro que linda con la tiranía más repugnante.

Lo que el proletariado precisa, es una selección de hombres que sean honrados ante todo. Y si algún caudillo surge, que brole del alma popular pero que de ninguno de los marcos sea hijo de esta fabricción en serie, en la prensa y a través de la tribuna.

Buenaventura Durruti fue un caudillo. Pero no lo consiguió por mera coña. Se lo ganó a través de su vida, en la calle, y en los campos de batalla mientras los otros aspirantes a caudillos alternaban en los halls de los grandes hoteles con elegantes turistas.

NUEVOS DERROTADOS

UNA MANIOBRA O UN NUEVO ERROR

No nos ha sorprendido, en lo más mínimo, el acuerdo tomado en el reciente pleno de Regionales de la Federación Anarquista Ibérica. Sabíamos de antemano, que la mentalidad reformista que ha imposibilitado el triunfo de las ciencias proletarias, en la revolución de julio, y más tarde, en el movimiento de mayo tenía que plasmarse fodezosamente, más tarde o más temprano, de una manera manifiesta.

No es del caso discutir la importancia mayor o menor de que la F. A. I. de ahora en adelante, pase a constituirse en una hilera de Agrupaciones que según el dictamen emitido por el plano susodicho, tendrán el carácter de entidades públicas. Descubrimos un peligro mucho mayor.

La trascendencia del acuerdo tomado radica en que el grupo de camaradas que patrocinan esta metamorfosis, pretenden no solamente que la F. A. I. posea una contextura orgánica similar a la que poseen otros sectores, sino que, en torno de esta disposición tomada de una manera ligera, se quiere perpetuar el colaboracionismo gubernamental que se inició después de julio.

Es decir, que cuando se presuma una rectificación absoluta de errores y de tropelías, se agiganta la desviación y se sanciona como un algo perfecto todo un pasado catastrófico y contrarrevolucionario.

La lección recibida no sirve para nada. En el transcurso del año vivido se ha podido constatar que no es posible compartir la responsabilidad revolucionaria con la pequeña burguesía, y con los partidos que aunque lleven etiqueta marxista son un apéndice descarado de la mesocracia. Pero en nuestros medios no ha imperado todavía el sentido común.

Se ha dicho con toda claridad que se renuncia al comunismo libertario, con objeto de acercarse a los sectores antifascistas. Esto es formidable. ¿Por ventura los otros sectores renuncian a sus programas para atraerse a la C. N. T. y a la F. A. I.?

Es algo paradójico lo que ocurre de un tiempo a esta parte. En diversas ocasiones hemos dicho que nuestras organizaciones han apuntalado a Luis Companys y cuando el actual Presidente de la Generalidad le ha parecido oportuno, se ha desprendido de la C. N. T. ¿A quién vamos a hacer ahora el juego? ¿A quién vamos a encumbrar para que después nos den la patada? ¿Será Largo Caballero? No nos extrañaría.

Estos camaradas que quieren renovar la F. A. I. no han medido bien las posibilidades de ensanchar los efectivos en la hora actual aunque para ello se fije un límite, que según el dictamen se establece en el año 1936. Admás, siempre se cuelean amistades y otras cosas que se han producido en los centros estatales a pesar de tratarse de cargos de responsabilidad.

Es verdaderamente lamentable que ciertos camaradas que llevan un número crecido de años en el movimiento anarquista, no hayan llegado a justipreciar el por que los grupos anarquistas han podido realizar gestos de una envergadura tan colosal, que pueden igualarse pero que es imposible superar. Y es incomprensible que entrando de nuevo en una etapa represiva se quiera renovar la contextura que tantas posibilidades ha brindado a las luchas sostenidas por el proletariado peninsular.

Pero lo que verdaderamente nos preocupa es el nuevo programa que habrá de substituir al comunismo libertario. ¿Prevalecerá el confusionismo que sólo favorece a los arrivistas y a los individuos que tan sólo pretenden encumbrarse a expensas del proletariado? ¿Se persigue que nuestras organizaciones pasen a ser un puntal de la democracia burguesa y por ende del capitalismo extranjero?

Parece que esta nueva orientación coincide con determinados editoriales aparecidos en Solidaridad Obrera. Se habla de gobernar. ¿Pero cómo se va a gobernar? ¿Se repetirán las composiciones híbridas que han discurrido a través del año contrarrevolucionario? ¿Se gobernará del brazo de la pequeña burguesía?

Hace cosa de unos días que uno de estos camaradas que patrocinan esta mutación, afirmaba públicamente que coincidíamos con una determinada frase o concepto emitida por Manuel Azafia en su último discurso. Pero ¿es posible se diga esto? Azafia hablaba de un regimen de libertad. ¿Pero es que alguien creerá que Azafia puede garantizar un átomo de libertad a la clase trabajadora? ¿Y qué libertad es esa de la que nos habla Azafia? ¿Y como vamos a conciliar los anarquistas con uno de los mayores tiranos que ha tenido que soportar el proletariado?

Hemos llegado a la cima de las contradicciones que se han mantenido durante una serie de años. Se han combatido un sinnfin de cuestiones y a muchísimos individuos para darles la razón en el instante que todas las posibilidades para llegar a una concreción revolucionaria estaban declaradamente en favor nuestro. Y cuando era la hora de cumplir lo que se había difundido por medio de la palabra y de la pluma, se nos ocurre hacer la apología de Companys, de Largo Caballero y lo que es mucho peor, se ha anatematizado a los camaradas que se jugaban la vida para revalorizar las esencias de Julio que los reformistas de nuestras organizaciones pisotearon de una manera escandalosa.

La clase trabajadora está abocada a un trance difícil. En nuestro suelo todas las etiquetas eran falsas. Solamente se conservaban los actos sublimes de los camaradas que haciendo dejación de su vida ponían a salvo la dignidad del proletariado. Ahora se pretende desvirtuar la fracción más sana que prevalecía en la España obrera.

Mucho nos sospechamos que los patrocinadores del famoso dictamen no podrán uncir el proletariado al carro de la pequeña burguesía. Cuando termine la contienda actual o quizás antes, surgirá una gigantesca ola de rebeldía que sepultará a todos los enemigos del proletariado. Y entonces estaremos en la calle para llevar el proletariado a la cúspide de las conquistas revolucionarias.

En la Cárcel Modelo, los fascistas controlan, en gran parte, el gabinete antropométrico, la enfermería... y casi todos los destinos. En la cárcel, se dice misa, se entona el himno fascista, se saluda a la fascista, se hace propaganda fascista con la complicidad del P.S.U.C., que recluta adeptos entre los elementos fascistas y muchos de ellos salen a la calle enrolados en el partido de Comorera y de Ovsenko. ¿Y el director de la cárcel fué propuesto por la C.N.T.!

La Guerra y la Revolución

Dos consignas se lanzaron a raíz del levantamiento fascista. Una de ellas que representaba dos fuerzas opuestas, antagonistas. Marxistas y anarquistas se sentaron su posición frente a los acontecimientos desarrollados. Los primeros, dejando para otra ocasión el factor revolucionario, partían de la base que primero y antes que nada, había que ganar la guerra. Los segundos, creyendo contraproducente disociar dos factores tan esenciales como son guerra y revolución, cimentaron su actuación ulterior, como punto de partida, sobre estos dos principios. Guerra y guerra y revolución, fueron las consignas lanzadas al pueblo por marxistas y anarquistas, respectivamente.

Pero, desde los primeros días que precedieron a la memorable fecha del 19 de julio, en que estas dos consignas fueron lanzadas, se han producido una serie de hechos, que quizas nunca tan paradójicos y sorprendentes: partidos vigorosos y pujantes diez meses atrás, encajados en la posición de erróneos y errólaos, cobhidos y pusillánimes; organismos minúsculos y raquíticos, hoy engridos y poderosos; avances, retrocesos, etc., etc.

Una pugna, un juego, un dilema, constante, se produjo, desde el primer día que estas consignas fueron lanzadas. Una rivalidad que hoy continúa, aunque no con la misma intensidad y, mucho menos, con la misma proporción de fuerzas.

La consigna guerra y revolución ha quedado rezagada, enervada. Los mantenedores de esta consigna han caído. Hoy queda y solo con timidez la defienden. Es ineficaz. No obstante, la de guerra se ha vigorizado y se ha impuesto. Sus partidarios, más ágiles, más astutos, más decididos, han sabido hacerla prevalecer.

Hoy el factor revolución, en un principio coloso arrullador, ha quedado estancado y maltrato. Se bate en retirada; y en distintos puntos de la zona antifascista, virtualmente aniquilado.

Pero vamos a analizar el valor y contenido, de acuerdo con las circunstancias, de estas dos consignas. Guerra. He aquí la consigna marxista. Supeditado todo a la guerra. Trabajar, vivir por y para la guerra. Ofrecer, entregar, sacrificarlo todo en aras de la guerra. Conforme. Son palabras bellas, enjundias, de noble y acertado contenido. La guerra es el hecho apremiante y preferentísimo. A este respecto estamos de acuerdo; completamente identificados.

Mas, ¿en qué condiciones? ¿Bajo qué directrices? ¿Sobre qué normas de conducta tenemos que supeditar todo a la guerra? ¿En qué condiciones que la misma burguesía que antes del 19 de julio conspiró y se levantó en armas junto con la iglesia y el ejército, continúe al frente de fábricas y talleres, sirva por y para la guerra puesta al servicio de la revolución y mirando justísimamente los cimientos del triunfo antifascista? ¿Acaso considerando, como en Luzzatti, que los señores adormecedores del pueblo, continúan actuando en los templos de la doblez y la falsía sus ritos y ceremonias, para regocijo de nuestros adversarios y escarnio de los trabajadores? ¿Acaso tolerando en la dirección de la guerra, ministros traidores que cuando se les ha presentado ocasión se han pasado al enemigo y, cuando no, alevosamente, han envenenado pueblos y ciudades a los espaldas y a bastos propensores de este gran hecho, como en el caso italiano y exitoso de Melara? ¿Acaso facilitando la liberación de la casa pública, a honhiles que ayer estaban...

La policía contrarrevolucionaria ha practicado un registro en las celdas de los trabajadores revolucionarios. No basta la arbitrariedad de tener a nuestros camaradas en la cárcel, sino que se les humilla y se les atropella. El proletariado debe protestar enérgicamente y ha de exigir que estos gendules de la placa vayan al frente.

El Director de la Cárcel Modelo de Barcelona ha manifestado a los camaradas presos que en la cárcel se hace lo que determina el Comité Regional de la C.N.T. Los registros practicados por la policía en las celdas de los trabajadores revolucionarios se han realizado con el consentimiento de los componentes del Comité Regional.

En la cárcel mandan los presos. No puede admitirse ingerencias de los comités que en la calle no saben estar a la altura de las circunstancias.

al servicio de la monarquía, como más tarde lo estuvieron de la República y hoy lo están solapadamente de la revolución? ¿Acaso sosteniendo una burocracia inútil y gravosa, de sentimientos y espíritu en casi su totalidad reaccionarios y haciendo continuamente votos para que los chacales sanguinolentos del fascio alcancen el triunfo sobre nuestras heroicas milicias proletarias? ¿Acaso soportando emboscadas, sabotajes, por consecuencia, de la obra proletaria, asumiendo cargos de responsabilidad en la dirección política, en la guerra, en la economía, infiltrados oficialmente en los estamentos directrices del Estado y asestando punitadas de muerte a la gran obra iniciada por los trabajadores el 19 de julio? ¡No! contra el enemigo, ni la revolución. Así se pueden amhar cosas. Se traicionan ambas cosas. La consigna guerra es una consigna sospechosa. Hay que arrastrar. Los dirigidos marxistas que de marxistas no tienen nada, engañan al pueblo. Su ambición y su egoísmo están por encima de los intereses del pueblo, y, para satisfacer esta ambición y este egoísmo, traicionados en alianz inconfesables de pacto, no paran de instigar y escarmentar estos intereses.

La consigna guerra, pues, lleva en sí amalgamados la traición y la derrota. Es la consigna que el gobierno no paraba de repetir desde el 19 de julio, después de la revolución de febrero, lanzó al pueblo para impedir el avance de la revolución y el desenvolvimiento total del mundo del privilegio y la tiranía. Tanto el principio Lwow, primero, como Kereny, más tarde, lanzaron la consigna guerra para conservar los intereses de la burguesía y ahogar el germen de la revolución.

Analicemos, ahora, la consigna guerra y revolución. ¿Se puede atender la guerra, sin atender la revolución? No. ¿Se puede atender la revolución sin atender la guerra? Tampoco. Ambos factores no pueden disociarse. Se complementan. Por qué?

El 19 de julio, las fuerzas representativas del privilegio, se levantaron, coaligadas, contra el proletariado. Vencieron y perdieron, alternadamente. Los vencedores, en dos zonas: Una fascista y otra antifascista. En la zona que fueron vencidos, quedaron diezmados. Fueron suprimidos, a raíz del choque, unos y huyeron, escaparon, otros. La dirección económica, por consecuencia, quedó desierta. Fábricas y talleres, abandonados. Diversos centros de producción y consumo, huérfanos y sin dirección alguna. Las más importantes fuentes de producción agrícola, desamparadas. Entonces, ante este panorama de desolación e inactividad ¿que debía hacer? Sólo una cosa, sencillamente: hacer la Revolución. Una Revolución, además, no convocada por nosotros, sino, impuesta por nuestros propios enemigos. No había más solución en aquellos momentos. Los obreros tenían que poseenarse, y así lo hicieron, de todas estas fuentes de riqueza abandonadas y ponerlas inmediatamente en febril actividad. No había más solución ni más actitud que los obreros se constituyeran en colectividades, nombraran comités obreros, administrativos y pusieran en marcha, bajo su dirección, fábricas y talleres. No había otra solución, repito, que hacer la revolución. El imperativo circunstancial de los momentos, no permitía otra cosa. Ni tan siquiera la teoría marxista sobre la imputación de todas las fuentes de riqueza por el Estado, podía ponerse en práctica. Primera y principal razón, entonces, a raíz del levantamiento fascista, que de activamente eliminado el Estado, Sus mismos soportes, los diferentes engañados que lo integraban y daban vida, los destruyeron. Y, en segundo lugar, porque el marxismo sólo podía existir en apariencia y, por lo tanto, no estaba en condiciones, ni contaba con fuerzas suficientes, para llevar a la práctica tal finalidad. Y si en aquellos momentos sólo debía hacer la revolución, que consistía en substituir la dirección burguesa de la economía por la acción del proletariado en régimen colectivista, ¿por que tanto y tanto se insistió y se insistió en que hay que dejar la revolución para cuando se termine la guerra, concepto, éste, que traduce quines en ello están más interesados, en la celebre pero inoportuna y maliciosa frase de "has-

ta de hacer ensayos"? ¿No es esto absurdo y contraproducente? ¿No es esto vesánico y sólo propio de quines están más interesados por el triunfo del fascismo que de la revolución? La economía tiene que estar administrada y dirigida por el proletariado y, por consiguiente, integralmente socializada. Es de la única forma que se acaba con los explotadores de nuestra obra, y es el camino más recto para ganar la guerra.

Pero hay otro factor de vital importancia que no puede soslayarse: El factor moral. Los que en frente del proletariado luchan por una sociedad mejor.

Hoy se habla mucho de crear una moral de guerra. Pero, ¿en qué condiciones? ¿Bajo qué procedimientos? ¿Hay que crear una moral de guerra? ¿Diciendo a los combatientes y al pueblo en general, que hoy se lucha por la independencia de España, o por una República democrática parlamentaria, o simplemente, ensalzando ritualmente un sentimiento patriótico? ¿Es así como se crea una moral de guerra? ¡No! No se puede forjar una moral de guerra con el tópico independencia, porque éste, es abstracto e ineficaz. No se puede forjar una moral de guerra bajo el símbolo de la República Democrática y Parlamentaria, porque ésta, está gastada y el proletariado guarda pésimos recuerdos de ella. No se puede forjar una moral de guerra explotando el recurso patriótico, porque, éste, ya lo marroscan los fascistas, y, porque bajo este sentimiento, han vivido y medrado muchos gobiernos, armamentistas y se han cometido los crímenes más repugnantes e inhumanos.

El sentimiento, el espíritu de la zona antifascista, es obrero y revolucionario. Los combatientes del frente y de la rearguardia, son obreros en su inmensa mayoría y, desde luego, luchan por la revolución. Una moral de guerra, solamente puede forjarse haciendo la revolución. Todo lo demás es perder el tiempo y contribuir al triunfo de nuestros adversarios. La revolución es el único factor que puede conducir a la victoria. Con ella se consigue una economía eficiente y libre de explotadores. Los obreros son los que, con su trabajo y espíritu desinteresado, para impulsar la economía, hacia horizontes insospechados. Para establecer una política, cuya dirección, situándose a la altura de las circunstancias, ofrezca el máximo de condiciones de éxito. Para crear un ejército eficiente en condiciones de proporcionarnos un triunfo total e inmediato y para forjar esta moral de guerra tan encreada y sobada, por parte de los dirigentes ocultos, de intenciones de doble fondo, juegan con el porvenir y bienestar de todo un pueblo.

Hagamos, pues, la revolución. Orientemos, los esfuerzos y esfuerzos en este sentido. Lo contrario, es traicionarnos nuestros propios intereses de clase. La causa de los oprimidos de todo el mundo. Es permitir al frente de fábricas y talleres, emisarios directos de Franco. Sueldos fabulosos, en contraste con el irrisorio e insuficiente jornal de un simple obrero. Tener que haya quien especule a costa de la miseria y dolor del pueblo. Instigular espías y traidores en nuestros propios estamentos oficiales. Consentir que en el extranjero haya quien nos represente, estando más cerca de Franco que de nosotros. Mantener en nuestra propia casa, un ejército encerrado en constante ofensiva. Preparar nuestra propia derrota. Es, en fin, dejar de cumplir una misión que las circunstancias nos han deparado y que por dignidad y responsabilidad histórica, no podemos dejar.

Avigüemos, emboltemos, pues, hoy más que nunca, la consigna guerra y revolución. Haponamosla. Infiltrémosla en el alma del pueblo. Es la consigna de la victoria. La guerra y la revolución no pueden disociarse, se complementan, su destino implican la muerte. Hagamos todo lo posible para que ésta no se produzca. Revolución en la política. Revolución en la economía. Hasta el último repliegue de la vida social de España, hay que hacer llegar la sonda profética de la revolución. Sólo en este proceder está la victoria.

Arriemos la consigna marxista. Embolemos la del anarquismo. Ahora más que nunca ¡guerra y revolución!

El día 4 de agosto, a última hora, el Partido Comunista (pequeño-burgués) reincide en la calumnia. Habla de no se que "maridaje entre grupos extremistas y la quinta columna". ¿Quiere investigar el calumniador superlativo, la vida revolucionaria de los componentes del Partido y los que él titula extremistas? Es más que seguro que hallaríamos curas y burgueses disfrazados en el Partido Comunista. Por algo tienen tanta debilidad por los católicos de Vizcaya, fascistas al final. El haberse pasado al enemigo con armas y bagajes, a más de impedir que los de la C.N.T. pegaran fuego a Bilbao y sus factorías. Ya dice el dicho, que "la cabra tira al monte". Entre la clericalia negra y los comunistas hay la diferencia de dos gotas de agua. No se esfuerzen los comunistas en maniobrar a la manera de los traidores, ya que con manos limpias no puede ascender como volumen su Partido. Lo único que van a cosechar con tan viles procedimientos, es el escupitajo del trabajador español.

El trabajador español tiene más personalidad que la que os creéis, señores exóticos.

España y el Extranjero

DESPUES DE LOS SUCESOS

LA REPRESION DEL PASADO MAYO

Del seno de la democracia — no la del poder del pueblo, sino la de la expresión del pueblo, y, a la vez, sistema de convivencia social dominante en la casi totalidad de los países del globo — han surgido dos nuevas concepciones sociales que, en un futuro no muy lejano, están destinadas a regir los destinos del mundo: la concepción fascista y la concepción comunista.

La primera, de historia más reciente, representa el último esfuerzo de un sistema, cuya existencia, en el período agónico. No obstante, aunque en caso de producirse su triunfo sería efímero y desvirtuado, está llamada a disputar a su contrincante, la hegemonía societaria de los pueblos.

La segunda concepción, de raíz gámbre mucho más antigua, representa la savia vitalizadora de un mundo nuevo que, tarde o temprano, ha de sentarse sólidamente en el suelo directriz de las relaciones humanas.

Ambas se traducen, y este es su verdadero significado, en reacción y revolución. Reacción y revolución, sin nombradas, respectivamente, con las palabras fascistas y comunistas.

Simultáneamente, estas dos concepciones están vigorizadas y defendidas por dos mundos opuestos: el mundo del capital y el mundo del trabajo. El mundo del capital, que vive en la holganza y la impudicia. El mundo del trabajo por el laboreo y la austeridad.

He aquí dos concepciones, una negativa y otra positiva, de la vida. Dos fórmulas de convivencia humana, destinadas, total e infaliblemente, a asumir la dirección social de los pueblos. Dos concepciones que no permitirán, al margen de ellas, competencia alguna.

Esta es la realidad, quizás cruda; pero innegable.

¿Qué experiencia podemos sacar de las conclusiones precedentes? Entre otras, una y preeminente: que sin pérdida de tiempo, dedicados a nosotros inequívoca e inconfundiblemente. Tenemos que definirnos de acuerdo con lo que vibra en el fondo de la conciencia popular; en el fondo de aquel sentimiento que en julio se impuso a otro sentimiento, empujándolo hacia otras zonas en donde consiguió imponerse. Lo que vibraba en el fondo del sentimiento que en las jornadas de julio logró hegemonizar en nuestras zonas, era la Revolución. Lo que vibraba en el fondo del sentimiento que en las mismas jornadas logró imponerse en las zonas opuestas, era la reacción. Aquellos, nuestros enemigos, se demuestran incapaces de entender al mundo lo que eran; lo que defendían. Se manifestaron reaccionarios y se sedujeron fascistas; y todas las fuerzas representativas de la reacción, multiplicando sus esfuerzos, aumentaron sus recursos y fueron a ofrecerlos a quienes presuponían una garantía de sus intereses y una interpretación exacta de sus sentimientos.

¿Pero, ¿qué hemos hecho nosotros? Adoptar una posición ambigua, contraproducente, suicida. Hemos lanzado la consigna al mundo de que luchamos por una democracia. Mas, ¿es que en realidad existe una democracia? Pasa el tiempo, la democracia, fundamentalmente, ha desaparecido. Sólo existen apariencia. Su alma, esta partida, dividida en dos partes. La reacción y la Revolución las integran. Una convulsión inevitable fue la causa de este fenómeno. Entonces, ¿no es vano defender lo indefendible, porque no existe o, simplemente, está pereciendo sin probabilidades de reanudar? ¿Lógico es que así sea. Además, ¿recabamos apoyo de aquella democracia, precisamente, que por su condición, bajo esta careta, oculta el hacedor reaccionario. Recabamos el apoyo de los Gobiernos llamados democráticos, sin embargo, ¿qué y a quién representan estos Gobiernos? Obvia e indudablemente intereses y sentimientos capitalistas. ¿Quién puede negarlo? Los componentes de todos los Gobiernos del mundo, y me atrevo a sostener sin equivocación, que aquellos creados, que es tanto como afirmar su condición antiproletaria y, por consiguiente, capitalista. Y estos Gobiernos de condición antiproletaria y, por lo tanto, capitalista, ¿quién puede negar que sólo intereses antiproletarios y capitalistas representan?

El dilema es de poseedores y desposeídos; de reacción y revolución,

respectivamente. Y si la zona enemiga representa la reacción, es lógico que la nuestra represente la revolución. En este caso, ¿cómo vamos a recabar apoyo de quien por su condición económica, está más cerca de nuestros adversarios que de nosotros? ¿No es esto vano, ya que es lo mismo, que intentar la defensa de quien más interesado está en combatirlo?

Una confusión enorme reina en el seno de todas aquellas fuerzas que rigen los destinos de nuestra zona antifascista. Inconscientemente o traicioneramente, están apuñalando la victoria y porvenir de todo un pueblo. En el primer caso, sólo les cabe el suicidio; en el segundo, la horca. El bienestar de un pueblo no se merece otro trato. Estamos luchando gravemente. Las consecuencias de esta falsa y equivocada situación. Nuestros enemigos, en minoría ante el mundo, con una masa combativa sin moral alguna, obtienen victoria tras victoria. Nosotros, los más, llevamos la peor parte en la contienda. Eso, sólo es explicable por el procedimiento táctico empleado.

Una vez comprobado, que la fuerza vital y hegemónica de nuestra zona, era realmente revolucionaria, sólo cabía dar un cariz revolucionario y obrerista, a todas nuestras actividades. Ya, que sentado este precedente, se hacía evidente que nuestra fuerza radicaba en el proletariado y, lógico y cuerdo era concebir, que sólo de esta clase teníamos que esperar solidariamente ayuda.

Pero se hizo todo lo contrario. Se mandaron representantes al extranjero, con el fin preconcibido de pactar con las democracias, bajo la consigna de democracia. Y las democracias han cumplido con su deber: el de ahogar la Revolución española, que era la garantía de la victoria sobre nuestros enemigos.

Sólo una interpretación netamente revolucionaria y obrerista, podía ofrecernos la victoria. Nuestro centro de avituallamiento radica en el proletariado internacional. A él tenemos que dirigirnos, todas nuestras atenciones. Sobre él tenían que converger todas nuestras actividades. Mandar emisarios secretos al exterior, era nuestra misión. Agiladores que se confundieron con los obreros en la calle, en el taller, en el sindicato. Mediante hojas, folletos, periódicos clandestinos, informar al proletariado sobre la verdadera situación de España.

Decía que en España se lucha y se vive por y para la Revolución; para la absoluta emancipación del proletariado internacional. Despertarle su sentimiento de clase, que se manifiesta en su solidaridad hacia sus hermanos de España, era nuestro deber. De esta forma se hubiera llevado a cabo una labor práctica con resultados eficientes. Esta pasividad del proletariado extranjero frente a los problemas de España, hubiera desaparecido. La protesta, mediante la huelga, la manifestación, el sabotaje, se encontraría hoy en su punto más álgido, como fruto de una actuación inteligente y oportuna. Consignas revolucionarias, actividades revolucionarias, comités revolucionarios, organismos de dirección revolucionarios y una orientación y concatenación revolucionarias y genuinamente obrerista, era, y es, los cientos que hubieran y podrían sostener la inmensa mole del triunfo.

Pero, lo peor del caso, es que los que poseen en sus manos los resortes directivos de la guerra y la política, persisten en el mismo error táctico cometido en los primeros días que precedieron al levantamiento fascista. Y, lo más penoso, es que no se divisa el más insignificante promotorio reactivo en los grandes superficies de este maremagnum de desciertos y errores.

Continúan en el extranjero los mismos representantes que nuestra república democrática y de trabajadores, mandando para pactar con la consigna de democracia, con Gobiernos que sólo los intereses de la reacción representan. Embajadores de una España, que siendo revolucionaria por temperamento y por imperiosa necesidad de las circunstancias, como tales la designan y la profanan bajo la carátula del Frente Popular. Embajadores que no pueden representar a la España revolucionaria, porque nunca la sintieron y sólo un escarabajo hicieron de ella, cada vez que mencionándola, espurea y lúdicamente brotaba de sus labios. Embajadores de una España revolu-

cionaria que, como tal, procuraron siempre ahogarla. Embajadores de una España revolucionaria, que ayer traicionaron el sentimiento de la reacción conspiradora en los mismos estamentos gubernamentales, no contra la República, como se ha querido dar a entender, sino, simplemente, contra las esencias del proletariado y de la Revolución. Embajadores de esta pobre y martirizada España, cuya historia política, es una sucesión de hechos vanalógicos cometidos contra la clase obrera; cuya historia política, está ligada con el dolor y la sangre de millones de trabajadores revolucionarios que supieron mantener firmemente el gesto indolegable de los dignos.

¿Qué labor eficiente, pues, pueden hacer estos embajadores de la España fascista en el extranjero? Ninguna. Entonces, ¿por qué persisten en sus cargos? Sensiblemente, porque los que ocupan puestos de responsabilidad en la dirección política de nuestro país, o sea los que lo representan como Gobierno, son de la misma calaña y, también como ellos, chapolean en la cinéaga de la traición y de la impudicia.

Y por eso, por no presentarnos ante el mundo tal como somos y pensamos, atravesamos estos ratos de incertidumbre y, quizás en el ánimo de alguno, de inminente derrota.

Pero no hay que desfallecer, el porvenir es del proletariado. Conscientes de que el dilema es de reacción o revolución, aún estamos a tiempo de rectificar. Echemos por la borda todo lo que represente un vestigio del mundo viejo. Todo lo que represente un obstáculo al avance del proletariado. Definámonos. Digamos a todos los parias de la tierra que somos revolucionarios y que luchamos por y para la Revolución. Digámosles que luchamos por la emancipación integral de la clase obrera. Recobremos su apoyo. Mandemos al exterior representantes de la Revolución y no de la democracia. Mandémosles cerca de nuestros hermanos de clase y no de los Gobiernos que dicen representarnos. Avivemos, despertemos el sentimiento de clase del proletariado mundial. Introdúzcanse en todos sus medios asociados y ágiles sus espíritus. Nuestros arcos de combate son la huelga, la manifestación, el sabotaje, la protesta continua. Espoleémoslos a que esgriman estos arcos y con ellos presionen a sus respectivos Gobiernos, para que ayuden a la España antifascista y proletaria o, al menos, en caso contrario, con invadir y arrasar avasalladamente el área de sus dominios.

Esta ha de ser nuestra táctica y nuestra posición. Dirección obrera y revolucionaria en el interior y dirección obrera y revolucionaria en el exterior. Repetimos, el dilema es de reacción o revolución; el espíritu de la España antifascista es revolucionario. Definámonos, pues, y mostrémoslo al mundo revolucionario. Este es el único camino viable de la victoria. La consigna ha de ser Revolución. ¡Arriemos la de la democracia!

El concejal del Ayuntamiento barcelonés, exclamaba con gesto airado, en los sucesos de mayo, que los camaradas de las barricadas éramos unos criminales porque nos resistíamos a cumplimentar la orden contrarrevolucionaria de "alto el fuego". Puig Elías quería que "Profesiones Liberales" se rindiese al Casal Carlos Marx. Este sujeto debe ser arrojado de nuestros medios. Menuda limpieza haremos el día que volvamos a la calle con las armas en la mano. Vamos a empezar por nuestras organizaciones.

* *

En uno de los últimos bombardeos no funcionaron las baterías antiáreas. Se da el caso de que las baterías, en cuestión, están a cargo de gente del P.S.U.C. ¿Por qué no funcionaron las baterías antiáreas? ¿Será debido a que los psiquistas han establecido una alianza con Franco para masacrar a la población civil y para destruir las industrias de guerra? Se nos asegura que fueron fusilados dos individuos del P.S.U.C. No es suficiente. Acabaremos con los enemigos de la clase trabajadora.

Las derrotas llevan consigo una serie de desventajas. El movimiento de mayo fué ganado en la calle por los trabajadores pero la intervención funesta de unos cuantos pseudo-líderes trocó lo que podía haber sido el comienzo de una etapa esplendorosa en un verdadero desastre que hoy se refleja de una manera visible en los recintos carcelarios, en las mazmorras de los locales policíacos y en un sinnúmero de lugares que han sido habilitados para cárceles con el objeto de dar cabida al cuantioso número de detenidos que como verdaderos rehenes de mayo están en poder de los brazos ejecutores de la política que se fragua en Moscú, en París y en Londres.

Se detiene a los trabajadores en tropel. Las detenciones se practican todas por los sucesos de mayo. La Cárcel Modelo está completamente abarrotada. Los detenidos han de sufrir innumerables molestias pues en las celdas que están construidas expreso para un solo individuo, se cobijan tres y hasta cuatro camaradas. No es preciso que relatemos el calor asfixiante que han de soportar los detenidos, no solamente por la incombustibilidad de la estación sino que se ha de tener en cuenta que los metros cúbicos de aire que fueron calculados para un solo ocupante han de repartirse entre tres o cuatro hombres.

La persecución alcanza a todos los pueblos de Cataluña. Municipios enteros de la C. N. T., han venido a engrosar las huestes carcelarias. Los concejales de Granollers, los de Igualada, los de Suria y los de otras poblaciones han desfilado por la cárcel, que en la actualidad está en pleno auge. De todas las localidades catalanas llegan camaradas. Los camaradas de Vich nos cuentan que cuando se practicó su detención y la de los camaradas del P.O.U.M., la burguesía aplaudía frenéticamente en la calle al paso de los detenidos.

Aun siguen detenidos los camaradas de Olesa Montserrat apesar de su fructífera actuación en pro de la revolución. Pero lo paradójico de este caso, es que estos camaradas fueron detenidos cuando ocupaba el cargo de Jefe de Servicios Públicos de la Jefatura de Policía el camarada Eroles, y no obstante esta particularidad, nuestros camaradas fueron tratados con toda desconsideración y encarcelados.

El juez Bertán de Quintana (propuesto por la C. N. T.) es uno de los sujetos que mayor número de trabajadores manda a la cárcel apropiado de los tildados carentes clandestinos. Sobre este particular es curioso remarcar el título de clandestinos, pues es muy difícil discernir en tiempos revolucionarios qué diferencia existe entre la muerte legal y la defunción clandestina. Pero apesar de esta incongruencia el señor Juez Bertrán de Quintana es una de los sujetos que mayor personal manda a la cárcel.

Otro grupo de detenidos con los que se comete uno de los mayores atropellos es el de los camaradas de la Escuela de Guerra. Se procesa a unos muchachos por la supuesta muerte de un capitán del Cuartel de Verochloff cuando se dió el caso que los asaltantes de la Escuela de Guerra fueron los socialistas del cuartel Rusodochs. A estos camaradas se les concede la prisión atenuada y se les pone a disposición de Pozas pero a pesar de haber transcurrido más de tres semanas del acto de firmar la prisión atenuada se les mantiene injustamente en la cárcel. Y no hay que manifestar que es una cosa singular que a los camaradas que poseen aptitudes para las acciones guerreras se les mantenga inactivos tras rejas.

Las calificaciones de los llamados delitos son varias. Se hallan detenidos muchos trabajadores por tenencia de armas, por ir a buscar armamento al extranjero, por realizar determinadas operaciones que partían de las organizaciones obreras y que por lo tanto perseguían una finalidad revolucionaria. Pero la voluntad de los gobernantes es completamente dispar. Mantienen en la cárcel a verdaderos revolucionarios mientras en los ministerios, en los centros burocráticos y en un gran número de dependencias oficiales está infectado de fascistas, cien por cien.

Las prisiones gubernativas son numerosas. El jefe de Policía miente a sabiendas cuando manifiesta a los periodistas que hacen información en Jefatura que ya no hay detenidos por orden gubernativa. Esto es falso. En la Cárcel Modelo, en Jefatura, y en otros locales hay centenares de obreros detenidos por orden de los agentes de la contrarrevolución. Y a pesar de que se ha dicho muchísimas veces de que a los treinta días se pondrá en libertad a los gubernativos o bien se los pondrá a disposición de un juzgado, no se cumple tal disposición, pues los detenidos gubernativos que ya llevan cuarenta días y hasta dos meses de detención, siguen en la cárcel. Además, se da la nota chocante que para recabar el cumplimiento de los treinta días se exige que se pasen en un local determinado. De manera que si el detenido permanece quince en Jefatura, y quince más en la cárcel, los treinta días no cuentan y ha de empezar a contar desde el día que fué trasladado al nuevo local. ¿Se quiere mayor imbecilidad?

Los trabajadores se percatarán del trato infame que nos dan los marxistas de doble. Desde estas columnas queremos recordar la obligación que tiene la clase trabajadora de reaccionar ante tal estado de cosas. Son camaradas vuestros los que están en la cárcel. Son obreros los que están recluidos. Todos son revolucionarios. En mayo defendieron con tesón las conquistas revolucionarias. Unos son hombres del frente, camaradas con graduación que prefieren verse despojados del uniforme y de los entorchados antes que traicionar a la clase trabajadora y otros son obreros manuales e intelectuales que codo a codo con los camaradas del frente defenderán el espíritu revolucionario de julio aunque para ello tengan que soportar el trance de verse encarcelados mientras sus hermanos caen valerosamente en los campos de batalla. Y mientras presencian impotentes las traiciones que se consuman a diario en la calle,

El proletariado ha de reivindicar su personalidad de clase. Las organizaciones obreras han de velar exclusivamente por los intereses de la propia clase trabajadora. Se han de concluir los conciliábulos con los partidos pequeño-burgueses. La mesocracia, si quiere sumarse al nuevo orden de cosas que parte de julio, ha de respetar las conquistas y la esencia de las jornadas de julio.

De "Ahora" portavoz de las Juventudes Socialistas Unificadas, aparece en Madrid:

"Preferimos la unión con los jóvenes católicos que muere en las trincheras de Euzkadi con la sonrisa en los labios, que con los que se llaman revolucionarios y caen en las calles de Barcelona."

Sobran los comentarios. La infamia es tan manifiesta que no es posible contestar a tamaña provocación. Aunque la contestación ya nos la dan los imberbes "católicos" y más que a nadie a los caóticos comunistas. En los frentes de Bilbao se pasaron al redil de los fascistas decenas de miles de jóvenes católicos que tan buenos amigos son de los comunistas. Al correr del tiempo vamos a saber que, los comunistas, tienen más amores en Franquiandía que en la parte de acá.

La moraleja de todo esto nos la sabemos de memoria. "Los comunistas dicen, la clase obrera se resiste a engrosar nuestras filas, pues nosotros para combatirlos nos aliamos hasta con el Papa de Roma". ¡Qué degradados y cuán poca vergüenza tienen!

1. --Una Junta revolucionaria.
2. --El Poder económico a los Sindicatos; y
3. --Municipios libres.

QUEREMOS LLENAR UNA ETAPA

EL AMIGO DEL PUEBLO

Los Partidos Comunista Oficial (PSUC) están compuestos por el detritus de las clases de Cataluña y los Sres. Esteves. En Levante, por la Derecha Valenciana. ¡Es un Partido filo-fascista!

LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y LA NUESTRA

Vamos a cerrar, con el presente artículo, el estudio comparativo entre los diversos episodios y etapas de la Revolución francesa y la nuestra. Sin la menor pasión, sin prejuicio alguno, hemos estudiado nuestras convulsiones revolucionarias para confrontarlas con las francesas, que podían servirnos de juro orientador, y, aun apesar nuestro, hemos podido constatar los enormes errores de táctica en que han ido cayendo los dirigentes de los sectores de extrema izquierda en el curso natural de los acontecimientos.

Da pena contemplar el triste panorama que ofrece nuestro campo social. Ni una sola luz se ve brillar en el firmamento que indique un camino, un senderillo, un mal ramblizo a seguir para que el esfuerzo generoso del pueblo no resulte estéril.

Todo son tinieblas a nuestro alrededor. Todo lo ha perdido la egolatría estúpida, el afán de mérito personal, el egoísmo salvaje de los hombres que se encontraron con una revolución en la calle y no supieron qué hacer con ella.

Yed en lo que han quedado las ideologías: la mayoría de nuestros responsables: ser ministro, ser consejero, ser comisario, ser jefe, ser sub-secretario, ser director general, aferrarse a un enchufe a dós, a tres...

Y esas apetencias de poder, ¿por qué? Para defender desde las brechas gubernamentales los postulados mínimos de la revolución? ¿Para evitar estragos entre la población civil y hacer frente a la guerra? ¿Pero si no se ha defendido nada? ¿Pero si el pueblo no necesitaba acicates de clase alguna para lanzarse en masa contra el invasor? No: egoísmo, mediocridad mental, ausencia de todo plan estratégico, inexistencia de la más simple teoría revolucionaria. Eso es lo que ha determinado el desastroso proceder de nuestros responsables.

¿Dónde está el dirigente que pueda decir, que pueda gritar a todos los vientos agitando los puños: -- Yo no he aspirado más que a un título: al de servidor de la revolución? ¿Quién, de los que ahora se roen los puños que a su debido tiempo no supieron levantar, puede ofrecernos una hoja de servicios limpia de pecado? A nosotros no nos importa lo que hagan los gubernamentales se llamen como se llamen. Lo que sí nos importa es el proceder de nuestros hombres, de nuestros responsables, de nuestros dirigentes. Y ese proceder no ha sido limpio ni abnegado. ¿Cuál de ellos en un rasgo de ejemplaridad renunció al sueldo del cargo que se adjudicaba y se limitó a percibir el mismo jornal de los que luchaban en el frente? ¿Cuál de ellos ha renunciado a la cesantía en los destinos que la conllevan como secuela del orden burgués? ¿Cuál de ellos ha arrojado su cargo por cuestiones ideológicas? No, para vergüenza nuestra, todos se aferraron al presupuesto, y a todos se les ha debido echar de sus poltronas a puntapiés. ¿De qué han servido, pues, tantas concesiones, tantos girones dejados en la ruta, si no hemos plantado ni un mal mojon en la carretera? Desde la Convención, Marat, Robespierre y Danton, impulsaron el orden revolucionario y se adjudicaron el poder con que no contaban. ¿Qué hicieron nuestros hombres del poder TOTAL, ABSOLUTO, que el pueblo les entregó desde las barricadas? ¿Dónde está su obra? ¿Dónde su orientación? ¿Dónde sus fervores revolucionarios? ¿Dónde la huella de su paso? ¿Qué quedará en nuestro devastado solar cuando la sangre de los héroes anonios se vaya secando? ¿Qué les diréis, hombres dirigentes, a las ciudades, a los huérfanos, a las madres sin hijos cuando os pregunten en qué ha consistido vuestra revolución apoltronada?

MIENTRAS RUGE EL CAÑÓN

¿Ha sido asesinado Andrés Nin?

Un hombre hubo, entre todos vosotros, que pudiendo satisfacer todas sus apetencias, justificadas por una larga vida de lucha y de dolor, renunció a ellas para caer como caen los héroes: dando el pecho y junto a sus hermanos, los parias. Ese uno, se llamó Durruti, cuyo ejemplo preconizáis vosotros en grandes carteles que el pueblo debe imitar. ¿Por qué no lo imitáis vosotros, pues? ¿Acaso ya no sois pueblo? Durruti no fué ministro, no fué consejero, no fué director general y si fué "jefe", no es porque mandara sobre los lomos de los parias, sino en sus corazonas. El era el sol, y el pueblo le seguía porque el pueblo siente el vórtigo de la luz. ¿Por qué no le dais también esa luz?

Hay quien afirma que la presente guerra además de la tumba del fascismo, lo será también del anarquismo. ¿De qué anarquismo? ¿De ese que para vivacuar precisada de los ambientes enfermizos del gubernamentalismo? ¿De ese que al que despoecía a un capitalista de lo que injustamente atesoraba, le llaman ladrón? ¿De ese que descubre agentes provocadores en los hombres de las barricadas? ¿De ese que todavía no se sabe exactamente si es colectivista, socialista, comunista o individualista?...

¿Si el anarquismo que ha decapitado la guerra es ese, que lo entierren y que le busquen familiares para llorarle, porque en la hermandad acríctica, no hay quien le conozca! Eso es el anarquismo-topo y el nuestro es el anarquismo-luz.

No sabemos todavía lo que dará de sí la terrible convulsión que commueve, no ya España, más al mundo entero. Muchos y muy contrapuestos elementos se agitan en la entraña del volcán hispano que es, en estos momentos, el centro del universo ideológico. La guerra es dura y hay que hacerla por algo. Y por eso, por ALGO, la hacia Durruti. Por eso, por ALGO, se entregó a ella en cuerpo y alma sin mancharse con el polvo y las telarañas de las poltronas ministeriales. Por eso, al hacerla, NO RENUNCIÓ A NADA NI A CONDICION NADA, NI SE ACOMODÓ A NADA. Cargó con el fusil y se echó a la carretera que es donde estaba el adversario, dispuesto a adjudicarse la victoria a toda costa. Lo que hubiera hecho después, no lo sabemos. Sabemos lo que hizo y eso nos basta, que los hechos de los hombres son los que cuentan en las revoluciones, no las palabras, y mucho menos las buenas intenciones.

Si, hay que hacer la guerra y hay que aniquilar la bestia carnívora que se nos ha venido encima. Nadie puede dudar de esta convicción en nosotros. Nadie puede perseguirnos como elementos disolventes en estos momentos de angustia. Los anarquistas fuimos los primeros que salimos a la caza del lobo y ni un solo momento hemos abandonado las trincheras de vanguardia ni las dejaremos mientras la fiera aulla. Pero de eso a suponer que la revolución está liquidada y que toleraremos que los lobos de retaguardia nos devoren, media un abismo. Ganaremos la guerra, sea como sea y a costa de lo que sea en sangre, pero, luego, cuando calle el cañón en los campos hispanos, cuando se quiete aclarar lo que se ha ganado en esta guerra, si los nuevos lobos quieren adjudicarse el botín, recibirán en nosotros y atronará el espacio la voz de Danton:

—¡Camaradas! — dirá — ¡La revolución no ha terminado!

Y los anarquistas muertos en las trincheras, los que no han sido ministros, ni consejeros, ni comisarios, ni directores generales, se levantarán de sus tumbas creyendo que es Durruti que les llama...

El peligro internacional

Las últimas impresiones que captamos del panorama internacional descubren la trama sangrienta que se está forjando en los círculos políticos del Consejo Obrero. La explosión bélica del Extremo Oriente patrocinada por el fascismo japonés, preocupa mucho más a Inglaterra que las incidencias de la guerra que se debate en el suelo español.

En estos últimos días se habla con ciertos visos de verosimilitud de un acercamiento italo-británico y de la posibilidad de restablecer el equilibrio locaeniano. El capitalismo inglés ha insinuado la conveniencia de restituir los Balcanes en España, proposición que no ha disgustado a la Italia fascista con la condición de que se reconozca el Imperio de las camisetas negras.

Las tareas del Comité de No Intervención se hallan en un callejón sin salida. Dos tesis opuestas están en juego, pero mucho nos tememos que a la larga se imponga el criterio de Grandi y de Von Ribbentrop.

Al cerrarse la Cámara de los Comunes se advierte que el conservadurismo inglés aprovechará las vacaciones parlamentarias para reconocer a Francia y hasta el mes de octubre no volverán a renudarse las sesiones del Parlamento inglés, como tampoco piensa el comité de no intervención tomárselo a pecho hasta por allá a mediados del próximo otoño.

No tendría nada de particular que para resguardar las Indias del gran incendio asiático, los capitalistas ingleses quisieran amañar un pastel en la cuestión española. Nos presumimos que exista tal intención. Así lo da a entender el lenguaje que emplea por primera vez la prensa de Chamberlain-Eden. Si esto llega a cristalizar vamos a pasar a la condición de colonizados y nuestra riqueza se la repartirán los países fascistas y democráticos, amén de la represión que caerá sobre la faz del proletariado.

No hay ningún género de dudas de que la retirada de los voluntarios encubre un alto al fuego que podría ser el comienzo de un armisticio impuesto por las potencias extranjeras

de común acuerdo con los gobernantes de Valencia y de Burgos. Como también podría ocurrir que los seudocomunistas de la URSS atornillados en España a un Borbón cualquiera antes que sus sicarios se vean desplazados por el proletariado peninsular; una de las pruebas de que esto pueda ocurrir, es la represión indigna que se vive en la España antifascista que como botón de muestra culmina con el asesinato de Andrés Nin y con el encarcelamiento de la élite revolucionaria.

No quisieramos engañarnos, pero sospechamos que se acercan días decisivos para el proletariado español. La política internacional está tomando un giro feo. La traición de Blum al entregar el poder a Chamberlain-Bennet ha aumentado los obstáculos que se amontonan a nuestro paso. Y la felonía staliniana dificulta el resurgir de aquellos días gloriosos que en julio despertaron la atención del mundo entero.

No descuidemos el momento presente. Estemos alerta. Antes morir que contemplar el suelo español en poder de las potencias fascistas y democráticas.

CARTA ABIERTA

Hubo un tiempo — que mi excesiva juventud no me dejó vivir personalmente, pero cuyo recuerdo, acrecentado por los relatos de mi hermano (estudiante y, por tanto, en aquellos tiempos, no muy seguro de la integridad de su persona), grabé, indeleble, en las profundidades de mi alma hiperestésica — que vino a Barcelona, satélite de otro canalla engañado, tan cochino y feroz como él, un monstruo aterrador y sádico, ávido de sangre y maestro en torturas inhumanas, apellidado Arlegui.

El tal monstruo, cuyo recuerdo perdura aun, con tétricos reflejos en la mente de muchos compañeros y en sus carnes bárbaramente masacradas, y cuyo paso y repugnante hedor — el hedor a sangre y a corrupción que despiden los vampiros, los generales y los dictadores — resuena y perdura todavía en los infectos calabozos de Jefatura, era, como usted "camarada" teniente coronel Burillo, Jefe Superior de Policía.

Y, como usted perseguía a los revolucionarios, mandábalos a detener

sin pretexto alguno, los incomunicaba sin motivo, se gozaba en retenerlos tiempo y más tiempo en sus putridas mazmorras, atormentábalos, incluso, personalmente, terribísimamente, para hacerlos hablar, sus declaraciones y, cuando así se le antojaba, les hacía detener o fusilar.

Y, como usted, recibía a las personas que osaban interceder por alguna de sus víctimas, como si de animales de su propia especie se tratara, considerándolas sospechosas y haciéndolas vigilar y encarcelar, a su vez, en muchos casos.

Y, como usted, no lograba entenderse ni con sus mismos subordinados, quienes, por brutos que fueran, difícilmente llegaban a su altura, y a quienes exigía respetos y consideraciones muy superiores a su cargo y, sobre todo, a sus merecimientos.

Además de ello, Arlegui — el General Arlegui, como a troche y moche, hacíase denominar — era un paranoico y un cobarde. Vivía en eterno delirio, no salía sin escolta y constantemente imaginaba que le querían matar.

Era un déspota, un criminal y un cobarde. Sufría del estómago, estaba neurasténico y, como ya he dicho, pedecía manía persecutoria. Y, como si eso fuera poco, no se avenía ni con su propia familia.

¿Acaso — a juzgar por sus procedimientos — le sucede lo mismo al "camarada" Burillo, actual Jefe Superior de la Policía barcelonesa?

ARTEMISA

¿Nos quiere decir el juez Quintana qué ha hecho de los 20.000 duros que enterró de la Oficina Jurídica de Gerona? Bien pudiera ser que el "desenterrador" sea aficionado a enterrar y, si tanto declinamos, a ladronear.

La enfermería de la Cárcel Modelo está completamente abandonada. Nuestros camaradas enfermos no pueden ser atendidos por falta de los artículos más indispensables, tanto en lo que se refiere al aspecto alimenticio como a la parte curativa. Las celdas de la enfermería están ocupadas por tres y hasta por más enfermos. Sobran los comentarios.

Al cabo de uno de las jornadas de julio, es más fácil libertar a un fascista que a un trabajador. Por cada camarada que es libertado salen cincuenta fascistas.

Imp. Libertaria. — Peripágnan